

RENOVAR EL CAPITAL ESPIRITUAL: UNA PRIORIDAD URGENTE PARA EL FUTURO DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA INTERNACIONAL

Gerald Grace¹

*Centre for Research and Development in Catholic Education
University of London, Institute of Education
London, UK.²*

RESUMEN

Al estudiar las respuestas de directores de 60 escuelas católicas a partir de su difícil tarea en las escuelas de secundaria en zonas céntricas pobres de Inglaterra, pude percibir con claridad un profundo compromiso vocacional. Dichos directores bebían notablemente de una fuente espiritual y religiosa que les dotaba de autoridad, y que les proporcionaba un constante sentido de misión, orientación y esperanza en su labor educativa. En un trabajo ya publicado, *Catholic Schools: Mission, Markets and Morality* (2002), me refería a este factor sólido e inspirador como el ‘capital espiritual’. Lo que no hice, como algunos críticos han señalado, fue aportar una elaboración suficientemente histórica y teórica a este concepto que pudiera emplearse en futuras investigaciones y en escritos académicos. Lo que presento a continuación es un intento de solventar esta omisión y de facilitar una comprensión más detallada del significado del capital espiritual, así como su crucial importancia para la eficacia futura y la integridad de la misión educativa católica en el mundo.

Palabras-clave: capital espiritual, vocación, carisma, formación, renovación.

Sobre la aparición del concepto de capital espiritual

Durante mi trabajo de campo e investigación para el libro *Catholic schools: Mission, markets and morality* [*Escuelas católicas: Misión, Mercados y Moralidad*] (Grace 2002a), tuve la oportunidad de entrevistar a los directores de 60 escuelas católicas de secundaria que atendían en gran medida a áreas pobres del centro y otras comunidades urbanas marginadas de Londres, Liverpool y Birmingham en el Reino Unido. Los directores de estas escuelas no eran meros teóricos de la opción preferente por los pobres a través de la educación católica; eran los principales ejecutores de su puesta en

¹ E-mail: grdce@ioe.ac.uk. Agradecemos el permiso recibido del autor para publicar este artículo en la Revista Digital de Investigación Lasaliana. Original inglés: Gerald Grace (2010), *Renewing spiritual capital: an urgent priority for the future of Catholic education internationally*, *International Studies in Catholic Education*, 2:2, pp.117-128.

² Traductor del original inglés al español: H. Agustín Ranchal fsc.

práctica por medio de la actividad diaria en la escuela. En su vida profesional habían experimentado crisis, conflictos y retos de diversa índole a medida que trataban de promocionar una cultura educativa caracterizada por la fe, la esperanza, el amor, la formación moral y social, y el perfeccionamiento de los talentos de acuerdo con los principios católicos.¹

Por un lado, las comunidades a quienes servían estaban marcadas frecuentemente por los efectos disfuncionales de: pobreza, desempleo, familias desestructuradas, adicción a drogas y alcohol, y criminalidad en general. En otras palabras, las disfunciones estructurales y las contradicciones de la sociedad se palpaban con intensidad en las localidades donde trataban de llevar a cabo la misión educativa católica. Tenían que hacerse cargo de las consecuencias resultantes, en relación con el comportamiento y las actitudes de los jóvenes de estas comunidades marginadas que acudían a sus escuelas. Asumir la responsabilidad última de una escuela católica en tales contextos suponía cuestionarse a diario la propia fe, la esperanza, el amor y la caridad.

Por otro lado, el Estado inglés en las décadas de los 80 y 90 intensificó sus expectativas en el rendimiento académico y la ‘producción’ de exámenes con resultados medibles, independientemente de los retos sociales y económicos a los que cada escuela se enfrentaba. Las escuelas que no mejorasen cada año sus resultados académicos se verían sujetas a un proceso de denuncia pública, ya que la prensa local y nacional informaba de estos ‘resultados’ a un sector social más amplio. Ser director de una escuela católica en estos contextos y en ese momento suponía experimentar la larga tensión histórica, si cabe con más intensidad, entre “dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. El Estado inglés (‘César’) realizaba demandas académicas en las escuelas de los barrios pobres del centro de la ciudad y no tenía en cuenta las numerosas dificultades (en relación al respaldo del personal, del alumnado y de la comunidad) que encontraban los directores. El resultado de todos sus esfuerzos podría desembocar en la humillación pública.

En estas circunstancias, no habría sido sorprendente que mis entrevistas con estos 60 responsables de las escuelas hubieran revelado un grupo de hombres y mujeres con baja autoestima, agotados, resentidos y en proceso de perder la esperanza en la misión que la escuela católica desarrollaba en zonas urbanas más deprimidas.

Sin embargo, no ocurrió así. A pesar de la diversidad de respuestas sobre temas personales, me percaté de un factor constante en un buen número de entrevistas: el compromiso vocacional. La mayoría de estos directores, que desempeñaban una difícil labor en escuelas urbanas problemáticas, se inspiraban claramente en una fuente espiritual y religiosa que les fortalecía y les confería un sentido constante de misión, determinación y esperanza en su trabajo.

En el último capítulo de *Escuelas Católicas* he tratado de reflexionar sobre este inesperado resultado refiriéndome a este ‘factor constante’ como el ‘capital espiritual’ que poseían estos directores de escuelas. Lo que no hice, como han señalado algunos críticos, fue aportar la suficiente fundamentación histórica y teórica sobre este concepto, para poder emplearse en otra investigación posterior y en escritos académicos. Lo que ofrezco a continuación es un intento de solventar esta deficiencia a partir de una elaboración más detallada del capital espiritual y de su importancia para el futuro de la educación católica.

Pierre Bourdieu: Educación y formas de capital.

Una gran influencia del concepto que empleo de capital espiritual en la educación católica se debe a que en su día leí la obra del teórico social francés Pierre Bourdieu, particularmente su ensayo ‘Las formas del capital’ (Bourdieu, 1986) y su artículo ‘Génesis y estructura del campo religioso’ (Bourdieu, 1991).

Bourdieu (1986) se refería a tres formas de capital que es necesario considerar en el análisis de cualquier sistema educativo, a saber: capital económico, cuyos efectos están mediatizados por desigualdades de tipo social en la vida de los estudiantes; capital social, constituido por el diferente acceso a redes sociales de apoyo; y capital cultural, entendido como fuente de conocimiento, lengua y relaciones sociales apropiadas que los estudiantes disponen de forma diferente en sus hogares. Como él sostiene: “De hecho es imposible explicar la estructura y el funcionamiento del mundo social a menos que uno reincorpore el capital en todas sus formas y no sólo en la única forma reconocida por la teoría económica” (Bourdieu, 1986, p. 242).

En su artículo de 1991, Bourdieu introdujo otra categoría más: por ejemplo, el ‘capital religioso’. En su análisis sobre el “campo religioso”, Bourdieu sugería que el capital religioso era “la monopolización de la administración de los bienes de la salvación por un grupo de especialistas religiosos... de un cuerpo deliberadamente organizado (y por tanto excepcionales)ⁱⁱ de conocimientos secretos (Bourdieu, 1991, p. 9). Esto suponía un estricto límite entre el sacerdocio (poseedor del capital religioso) y el laicado (excluido de tal capital).

Como David Swartz (1997) observa en su valioso estudio global de la obra de Bourdieu, todas estas variadas formas de capital son también formas de poder, sea material, social, cultural o religioso; para Swartz, esto constituye una ‘economía política de poder simbólico’ (Swartz, 1997, p. 65).

Sin embargo, lo que trataba de describir, y que surgió a partir del análisis de mi investigación, no era la economía política de poder simbólico a instancias de estructuras sociales y culturales, sino más bien un poder simbólico generado en directores concretos.

En general, no poseían capital religiosoⁱⁱⁱ (tal como lo describe Bourdieu), pero estaban imbuidos de un capital espiritual propio que, según la base de mi análisis, era fuente de poder personal. No se trataba de un “poder absoluto”, sino un poder para mantener la misión educativa y para animar e inspirar a otros en esa misión. De este modo, amplí el análisis de Bourdieu sobre formas socialmente estructuradas de poder-capital, para incluir una forma de poder-capital presente en las personas.

Mis intentos preliminares e insuficientes de elaborar este concepto quedaron expresados en 2002 como: “recursos de fe y valores derivados desde el compromiso a la tradición religiosa” y también de esta manera:

El capital espiritual puede ser una fuente de poder porque proporciona un impulso trascendente que puede conducir al juicio y la acción en el ámbito

mundano. En educación, aquellos cuya formación ha implicado la adquisición del capital espiritual no actúan simplemente como profesionales, sino como profesionales y testigos (Grace, 2002a, p. 236)^{iv}.

Esto dejaba muchas cuestiones sin respuesta, como por ejemplo: ¿cómo estos directores de escuelas llegaron a poseer el capital espiritual y qué otras formas de capital espiritual podría existir en otros miembros de la comunidad educativa? Otra cuestión relevante era: si estos directores de escuelas habían adquirido el capital espiritual en un proceso histórico, ¿cómo se renovaba o dejaba de renovarse el capital espiritual en los que les sucedían en el cargo y también entre los profesores y gestores de la Escuela Católica en general? ¿Qué significa el término “espiritual” en estos contextos?^v Consideraremos en detalle estas y otras cuestiones.

Capital espiritual, cultura teológica y carisma

Al elaborar el significado de capital espiritual como un rasgo de la Educación católica, es necesario distinguirlo de dos términos relacionados que se encuentran en la bibliografía: “cultura teológica” y “carisma”.

En 2007, Nick Weeks, antiguo Director diocesano de las escuelas de la diócesis de Lancaster, aportó una contribución original en este ámbito con su documento *Cultura teológica y Escuelas Católicas*. Weeks abogaba que, frente a tantos retos del mundo contemporáneo, se pide a los directores, gestores y profesores de las escuelas católicas un mayor nivel de cultura teológica, que definía como: “la habilidad de comunicar con conocimiento de causa cómo la fe de la Iglesia tiene relación con la experiencia contemporánea diaria...” (Weeks and Grace, 2007, p. 8).

Mientras las Escuelas católicas se implicaban en el desarrollo de nuevas formas de alfabetización, tales como la tecnología de la información y la informática, se descuidó relativamente el desarrollo de la cultura teológica entre profesores y alumnos, subrayaba Weeks. Esto amenazaba a largo plazo la vitalidad, la autenticidad y la singularidad de la misión de la educación católica. Este tipo de cultura era fundamental.

Hay evidentemente importantes relaciones entre el concepto de “cultura teológica” y “capital espiritual”, pero hay también diferencias cualitativas que abordaremos más adelante.

El concepto de “carisma” aparece ahora con frecuencia en los libros de Educación católica y, de nuevo, hay claras relaciones entre carisma y capital espiritual pero, al mismo tiempo, algunas diferencias.

En un revolucionario artículo, “La transmisión del carisma: un gran reto de la educación católica”, John Lydon (2009) aportó un examen detallado y académico de los varios significados de carisma y su importancia para el futuro de la Educación católica. En esencia, el carisma se refiere a un don especial del Espíritu Santo conferido por la gracia de Dios a aquellas personas llamadas a diversas formas de responsabilidad, con la capacidad de inspirar a otros en la misión de la salvación^{vi}. Lydon señala cómo el carisma del liderazgo inspirado fue dado a personas tales como san Pablo, san Francisco de Asís y a los fundadores de las congregaciones religiosas más importantes tales como san Ignacio y san Juan Bosco.

En el caso de las muchas congregaciones religiosas educativas fundadas desde la Contrarreforma hasta la actualidad, la historia de la Educación católica registra un impresionante número de líderes carismáticos, entre quienes se encuentran: Juan Bautista de La Salle, Ángela Merici, Mary Ward, Madeleine Sophie Barat y otros que tuvieron la capacidad de inspirar discípulos en la misión educativa de la Iglesia de la modernidad^{vii}.

Por tanto, ¿en qué sentido puede distinguirse el capital espiritual de la cultura teológica por un lado, y del carisma por el otro? La cultura teológica, tal como la definen Weeks y Grace (2007), implica el dominio de conocimientos teológicos, la habilidad de comunicarlos con eficacia y de relacionarlos con los retos de la vida diaria. El carisma es un don particular que el Espíritu Santo confiere a ciertas personas y las capacita para ser líderes carismáticos de nuevos movimientos en la Iglesia. El capital espiritual, puede ser discutido, se inspira en la cultura teológica pero le añade la dimensión del testimonio personal de la fe en la práctica, en la acción y en las relaciones. En comparación con el carisma, el capital espiritual es también una forma de capacitación personal, pero no de un orden superior; no es el carisma espectacular y el carisma de liderazgo excepcional, sino más bien el recurso que sostiene el liderazgo diario del vivir y del actuar cristianos^{viii}.

El argumento de este ensayo es que el capital espiritual, entendido en este nivel, es lo que históricamente ha prestado la fuerza animadora y la energía motriz dinámica de las Escuelas católicas en el ámbito internacional. La cuestión importante para el futuro es: ¿se renuevan las reservas de capital espiritual en el sistema de la escuela católica o el sistema en las condiciones actuales está disminuyendo sus activos?

La Iglesia, el laico católico y testigo de la fe.

En 1982, la Sagrada Congregación para la Educación Católica publicó un importante documento: *El laico católico, testigo de la fe en la Escuela*. Admitiendo la continua disminución del número de sacerdotes y religiosos en las Escuelas católicas, el documento ofrecía una seria reflexión de la vocación del Educador laico católico y del concepto de la Profesión de educador como una forma de vocación. Se afirmaba en expresiones ‘de tipo ideal’:

El Educador católico debe ser fuente de inspiración espiritual... El Educador laico católico es una persona que ejerce una misión específica en la Iglesia a partir de la vivencia de la fe... con una intención apostólica... para la formación integral de la persona (Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1982, p. 14).

Todo el documento pude leerse como un intento por parte de la Iglesia de reconstituir a los Profesores católicos laicos en las escuelas como una fórmula intermedia de una congregación religiosa incluso secular y sin las obligaciones de los votos formales. Sin embargo, se espera de ellos que sean fuentes de inspiración espiritual y que tengan intención apostólica en su trabajo. Los profesores católicos laicos están llamados a ser testigos de la fe en el contexto de la escuela:

Cuanto más viva el educador el modelo de hombre que presenta como ideal tanto más será éste creíble e imitable... Especialísima importancia alcanza aquí el

testimonio de la fe del educador laico. En él podrá ver el alumno las actitudes y comportamientos cristianos que tantas veces brillan por su ausencia en el entorno secular en que vive, y que puede creer por ello mismo irrealizables en la vida (Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1982, p. 19).

Puede argumentarse que en esta coyuntura histórica la Iglesia trataba de reconstituir los recursos educativos de capital espiritual, que iban disminuyendo al debilitarse las congregaciones religiosas, mediante la generación de nuevas estructuras de capital espiritual: directores y profesores laicos de las escuelas que se habían convertido en agentes contemporáneos de la misión educativa en muchos países. El documento *El laico católico en la Escuela* identificaba la necesidad de procesos de formación permanente (Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1982, p. 36) para nutrir religiosa y espiritualmente a los misioneros laicos dedicados a la educación, y pedía a obispos, sacerdotes y congregaciones religiosas que facilitaran dicha formación.

Gran parte de la doctrina de la Iglesia Católica se transmite mediante ‘exhortaciones apostólicas’. Los análisis y las sugerencias que la Congregación para la Educación Católica de Roma publicó en 1982 seguían esta pauta histórica. Fue un documento de exhortación a la Comunidad católica internacional, para reconocer la gravedad del descenso de capital espiritual en las escuelas católicas y para tomar medidas para reconstituirlo en nuevas formas.

Esto implica una cuestión necesaria: en tales circunstancias, ¿la exhortación por sí sola es suficiente para responder a las grandes transformaciones que se requieren en la formación espiritual de la próxima generación de educadores católicos?

Sobre la formación del capital espiritual

En 2006 el arzobispo Michael Miller, CSB, entonces secretario de la Congregación para la Educación Católica en Roma, reflexionaba sobre los cambios de liderazgo de los religiosos a líderes seculares que se estaba dando en las escuelas católicas de los Estados Unidos.

El arzobispo Miller apuntaba que en 1965 había 180.000 religiosas en los Estados Unidos, mientras que en 2006 la cantidad era inferior a 75.000; las religiosas constituían entonces menos del 4% del personal docente de las escuelas católicas, mientras que el 95% de los profesores eran seculares. Concluía afirmando que “el cambio al liderazgo del secolar en las escuelas católicas que ha seguido a la escasez de religiosos provoca ciertos desafíos” (Miller, 2006, pp. 4-5).

Al reflexionar sobre estos retos, el Arzobispo explicaba que los religiosos consagrados que se dedican a la educación católica habían sido dotados de características especiales (que yo llamaría capital espiritual) derivadas de una prolongada formación:

Por su consagración especial, su experiencia particular de los dones del Espíritu, su constante escucha de la Palabra de Dios, su práctica de discernimiento, su rico patrimonio de tradiciones pedagógicas... y su profundo dominio de verdad espiritual, los consagrados pueden ser especialmente eficaces en actividades educativas (Miller, 2006, p. 4)^{ix}.

Creo que esta es una afirmación particularmente precisa sobre la forma en que se ha fomentado el capital espiritual entre los miembros de congregaciones religiosas que en todo el mundo tienen la responsabilidad de desarrollar sistemas de educación católica a nivel internacional. Es por ello por lo que Juan Bautista de La Salle insistía en que los miembros de su congregación dedicada a la enseñanza debían recibir una formación sólida sobre los tres valores nucleares: ‘el espíritu de fe’, ‘celo en el ministerio de la educación’ y ‘confianza en la divina Providencia y en su santa voluntad’ (Koch et al. 2004, p. 21).

A raíz del hecho de que los laicos han reemplazado cada vez más a los religiosos en la dirección de las escuelas y como profesores, el arzobispo Miller señala: “Para ser portadores eficaces de la tradición docente de la Iglesia, los laicos que educan en las escuelas católicas necesitan una formación religiosa que sea igual a su... formación profesional” (Miller, 2006, p. 5). De aquí surge la pregunta: los laicos católicos, ahora responsables de las escuelas y profesores, ¿están recibiendo una profunda y prolongada formación religiosa y espiritual como la tuvieron sus predecesores?

Las experiencias formativas de 60 directores de escuelas católicas en Inglaterra

Las entrevistas que realicé a 60 directores de escuelas como parte de mi proyecto de investigación (1997-2000) incluían preguntas sobre sus propias experiencias de formación^x. Se revelaba que muchos de ellos provenían de ambientes familiares de oración y Misa frecuente, reforzados por la educación en Escuelas primarias católicas. Según sus testimonios, particular influencia ejercieron los estudios posteriores en escuelas secundarias gestionadas por congregaciones religiosas, y la formación recibida en escuelas de magisterio dirigidas también por congregaciones religiosas. Como consecuencia de estas influencias, 15 directores de escuelas encontraron su llamada vocacional a la vida religiosa e ingresaron en congregaciones tales como la Compañía de Jesús, Hermanas de la Misericordia, Hermanas de Notre Dame, Fieles Compañeras de Jesús, Congregación de la Santa Unión, Hermanas de la Caridad de san Pablo, Sociedad del Sagrado Corazón, Hermanos de La Salle, Hermanos Cristianos de Irlanda.

La mayoría de los encuestados que no sintieron la llamada a la vida religiosa dieron testimonio de la experiencia de haber adquirido un sentido fuerte de vocación laical hacia la educación, como resultado de los buenos ejemplos que habían observado entre sus profesores y catedráticos religiosos. Uno de ellos lo expresaba así:

Comprendí la docencia como vocación. Aunque no lo creáis, la concebía al mismo nivel que el sacerdocio. Siempre he dado clase en escuelas católicas. Creo que es un gran reto extender la fe en una comunidad como ésta (Director de Santo Domingo en una comunidad desfavorecida de Liverpool; Grace, 2002a, pp. 135-136).

A la pregunta sobre sus convicciones personales en cuanto a la misión educativa católica (a diferencia de afirmaciones formales de la Iglesia y los compromisos formales de los documentos de la misión escolar^{xi}) más de la mitad de las encuestas hacían tajantes y explícitas referencias al liderazgo de fe y transmitían un sentido comprometido de vocación espiritual como elemento central de su concepción sobre el papel del director de una Escuela católica. Este sentido de misión personal se expresaba de diferentes formas:

La cuestión es lo que cada uno puede aportar personalmente y la respuesta es la propia relación con Cristo... ser un modelo donde está bastante claro que las propias creencias y prácticas están firmemente enraizadas en la enseñanza de Cristo y construidas en una vida de oración que no se descuida por las múltiples 'ocupaciones' (Directora seglar).

La importancia de la asistencia regular a retiros espirituales. Creo que me ha permitido centrarme. No se trata del buen comportamiento de los muchachos, ni del uniforme, ni de los resultados académicos. Al fin y al cabo cumplimos la misión a través de la espiritualidad (Director seglar).

Siempre doy prioridad a lo espiritual en la vida del colegio. Trato de hacerlo para recordarme a mí mismo y recordar a toda la comunidad educativa que el fin de la misión de este lugar es fomentar el espíritu cristiano (Directora religiosa)^{xii}.

A partir de las pruebas de esta investigación^{xiii}, podría decirse que este grupo concreto y la generación de directores de Escuelas católicas recibieron una influencia significativa a partir de las experiencias formativas de su entorno familiar, la Educación católica en la escuela y su formación universitaria en escuelas de magisterio dirigidas por congregaciones religiosas. Se evidenciaba que el capital espiritual se había transmitido desde las congregaciones religiosas a estos directores mayoritariamente seglares, quienes habían adoptado un marcado sentido vocacional en su labor docente.

Algunos de ellos expresaban explícitamente su agradecimiento en el transcurso de la entrevista. Poseían elementos de capital espiritual derivados de las experiencias formativas que les servían de estímulo en medio de las dificultades diarias que se les presentaban como directores en ambientes sociales deprimidos.

Este fenómeno está patente en el estilo de dirección de toda la red internacional de Escuelas católicas. Lo que está aconteciendo hoy en la Educación católica internacional es que con el descenso del número de consagrados como directores y como docentes de las escuelas, el capital espiritual de estos religiosos se ha transmitido a una primera generación de directores y profesores seglares que han experimentado la influencia formativa de sus carismas. La primera generación son los herederos del capital espiritual educativo vivo que en otros tiempos poseían los miembros de congregaciones religiosas. Por lo tanto, la reconstitución del capital espiritual en la educación católica ha completado en muchos lugares (para bien o para mal) la primera fase del período de transmisión. La cuestión que debe considerarse urgentemente es: ¿qué ocurrirá con el capital espiritual en posteriores procesos de transmisión?^{xiv}

La renovación del capital espiritual en la educación católica contemporánea

Al comentar este proceso de transmisión en el contexto de las escuelas católicas de Estados Unidos, el arzobispo Miller sostiene que: "Corresponde a la comunidad eclesial asegurarse de que se ofrezca esta formación a todos los educadores de las Escuelas católicas... En este sentido, las Universidades católicas tienen una especial responsabilidad en el acompañamiento a las escuelas católicas" (Miller, 2006, p. 5). ¿Responden las universidades católicas a esta necesidad?

Al analizar la situación en los Estados Unidos, la Hermana Patricia Helene Earl, IHM (2007) afirma que se han establecido en algunas universidades programas de formación

para directores de Escuelas católicas, cuyos programas han tratado mayoritariamente aspectos pedagógicos y teológicos. Argumenta que además de esos contenidos, “los profesores también necesitan orientación en el desarrollo de su espiritualidad” (Earl, 2007, p. 55). En su capítulo de la *Guía Internacional de Educación Católica*, esboza un innovador programa de seminarios sobre ‘Espiritualidad y virtudes’, organizado por la Diócesis de Arlington, Virginia, conjuntamente con la Universidad de Marymount. Sin embargo, dado que se describe como un enfoque ‘original’ de este asunto, sugiere que los programas para la formación del capital espiritual dirigidos a directores y profesores de Escuelas católicas no son todavía un rasgo esencial en la Educación superior católica de los Estados Unidos.

Las conclusiones de la *Guía internacional de educación católica* (Grace y O’Keefe, 2007) parecen confirmar esta situación, que también se aplica a los programas que ofrecen las Universidades católicas de todo el mundo. Se invitó a cada colaborador de la *Guía* a identificar los retos de las Escuelas católicas en más de 30 sociedades diferentes y a informar sobre las respuestas a tales desafíos. Una lectura minuciosa de los 45 capítulos de la *Guía* revela muy pocas pruebas de que las Universidades católicas en el mundo estén ayudando a las administraciones diocesanas en programas encaminados a fortalecer el capital espiritual entre los directores y profesores de las escuelas. Sin embargo, la organización de programas para la transmisión del capital espiritual ha correspondido claramente a congregaciones religiosas implicadas en la misión educativa. Lydon (2009) informa acerca de las iniciativas emprendidas por los salesianos; hay también evidencias de los programas de formación espiritual organizados por los Jesuitas, los Hermanos de La Salle, los Hermanos Cristianos de Irlanda, los Maristas, las Hermanas de Notre Dame y las Hermanas de la Misericordia, entre otros. Se aprecia una falta de coordinación en esta importante área (como sugiere el Arzobispo Miller, 2006) o una investigación exhaustiva e informes de evaluación para diseñar programas conjuntos.

En opinión de Thomas Groome: “Si los carismas fundacionales de las instituciones religiosas no se comparten con los compañeros docentes, no habrá otra alternativa sino declararlo desaparecido [el proyecto de Educación católica]” (Groome, 2001; citado in Lydon, 2009, p. 51). Probablemente se esté exagerando el caso, porque los carismas o el capital espiritual existen en otras formas,^{xv} pero dada la trascendencia del capital espiritual en la formación de los directores y profesores de las Escuelas católicas, da la impresión de un *laissez-faire* en las respuestas que se dan en la actualidad. Dicho de otro modo, no parece haber respuestas prácticas a la necesidad de regenerar el capital espiritual entre los Educadores católicos laicos. La exhortación solamente no ha producido programas prácticos que hagan frente a la magnitud de los desafíos actuales.

Las Conferencias internacionales de Obispos católicos, que tienen la responsabilidad de supervisar la integridad de las escuelas católicas de cada país, deberían dar prioridad en sus planes de acción a la renovación del capital espiritual y animar, e incluso exigir a los diferentes organismos, la creación de programas de formación. De no llevar esto a cabo, se producirá la inevitable merma del depósito que históricamente ha configurado el capital espiritual de nuestras escuelas y la incorporación progresiva de las Escuelas católicas en la secularizada y mercantilizada cultura educativa contemporánea.^{xvi}

Considerando el capital espiritual como una prioridad urgente

16

Hoy día es posible realizar una elaboración histórica y teórica más desarrollada sobre el concepto de capital espiritual –tal y como se concibe en el ámbito educativo de la Tradición católica– que en el primer intento en 2002. De forma resumida, el capital espiritual puede referirse a:

- recursos de fe y valores derivados de un compromiso vocacional hacia una tradición religiosa (en este caso la Tradición católica);
- una fuente de empoderamiento [empowerment] vocacional porque proporciona una conciencia trascendente que puede guiar la opinión y la acción en la realidad del mundo, de manera que quienes han adquirido el capital espiritual a lo largo de su propia formación no se sitúen en el ámbito educativo simplemente como profesionales sino como profesionales y testigos;
- una forma de espiritualidad en la que toda la vida humana es percibida en términos de una relación consciente con Dios, en Jesucristo y los santos, a través de la vida en el Espíritu;
- una forma de espiritualidad que ha sido el espíritu animador, inspirador y dinámico que ha empoderado internacionalmente la misión de la educación católica, en gran medida (aunque no exclusivamente) mediante la labor de las congregaciones religiosas cuya misión en el pasado era la educación;
- una forma de espiritualidad ahora en urgente necesidad de renovación en el mundo contemporáneo de la Educación católica, que se enfrenta a una creciente secularización, ideologías de secularismo,^{xvii} comercialización global y materialismo, así como la disminución de congregaciones religiosas dedicadas a la educación; y,
- una forma de espiritualidad que necesita ser reconstituida en los directores y profesores seculares de las escuelas mediante programas de formación que les ayuden a ser Testigos católicos de Cristo y no simplemente profesionales transmisores de conocimiento y habilidades como lo requieren el estado secular y el mercado también secular.

Esperamos que este artículo anime a todos los organismos relevantes en la fe y cultura católicas a facilitar programas de formación que necesariamente contribuyan a esta gran transformación.

Agradecimientos

Agradezco a las dos personas anónimas que han revisado este artículo. Sus comentarios al primer borrador me han sido de gran ayuda.

Notas

ⁱ En relación al perfeccionamiento de los talentos (resultados académicos), la “fórmula” católica siempre ha sido: perfeccionamiento de los talentos + compromiso con el bien común = buen ciudadano católico. Esto fue expresado con claridad por la Congregación para la Educación Católica en su documento de 1977: *La Escuela Católica*: “Esta es la base de la labor educativa de la escuela católica. No se concibe la educación con el objeto de adquirir poder... No debe considerarse el conocimiento para la prosperidad material y el éxito, sino como una llamada a servir y a ser responsable del otro” (Sagrada Congregación

de la Educación Católica, 1977, p. 43). Ver: Grace (2002b) para un debate sobre “el reto del éxito académico” en las escuelas católicas.

ⁱⁱ Un lector anónimo de este ensayo ha descrito la definición como “muy tendenciosa” y que debería ponerse en duda. En su opinión, los “bienes de la salvación” de la Iglesia no han sido un “cuerpo deliberadamente organizado de conocimientos secretos”, sino un tesoro que se ha de compartir abiertamente con todo el mundo. Mientras Bourdieu (1991) enfatiza las relaciones de poder de la doctrina y la liturgia, esta referencia subraya su apertura a todos.

ⁱⁱⁱ De los 60 directores de escuelas, 45 eran seculares y 15 pertenecían o habían pertenecido a congregaciones religiosas. En palabras de Bourdieu, podría decirse que algunos de estos últimos poseían el capital religioso además del capital espiritual.

^{iv} Para llegar a esta definición me influyó enormemente la profunda afirmación del papa Pablo VI en su *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*, 1975: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (Papa Pablo VI 1975, N° 23). Ver también *Laicos católicos en la escuela: Testimonio de fe* (Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1982).

^v Hay abundantes definiciones de espiritualidad. La que empleamos en este ensayo puede expresarse así: “En términos católicos, la espiritualidad es la totalidad de la vida humana percibida como una relación consciente con Dios, en Jesucristo y los santos, la presencia del Espíritu, y vivida dentro de la Iglesia como la comunidad de los creyentes”. Agradezco a la persona anónima que me ayudó a formular esta definición.

^{vi} Lydon muestra que muchas congregaciones religiosas cuya misión es la educación están actualmente implicadas en programas denominados “transmisión del carisma” en beneficio de los seculares que les sucederán como directores y profesores en la escuela. Sin embargo, podría discutirse que si el carisma es un don excepcional que el Espíritu Santo reparte a ciertas personas, no puede transmitirse fácilmente en un programa de formación. Puede decirse que lo que estos programas tratan de hacer es renovar los recursos del capital espiritual, como se define en este ensayo, para potenciar un nuevo liderazgo secular en las escuelas.

^{vii} En su clásico estudio *La evolución del pensamiento educativo* (traducción inglesa), Emile Durkheim (1977) dedicó tres capítulos al análisis del impacto educativo que tuvo en Francia la orden de los Jesuitas, fundada e inspirada por Ignacio de Loyola. Durkheim reconocía que los Jesuitas fueron eficaces en el campo educativo por muchas razones; pero una muy importante fue su sentido personal de misión espiritual. Esto les sostenía en las muchas dificultades que encontraron al expandir su obra educativa en Francia. Durkheim creía que la educación secular en Francia necesitaba adquirir un “recurso sostenible” similar, que supondría una forma secular de moralidad, lo que podríamos llamar capital moral secular. Como Peter Collins observa en la Introducción del traductor:

“En último término Durkheim esperaba que estas lecciones no resultaran simplemente en la adquisición de conocimientos por parte de los futuros profesores, sino en la generación de una nueva fe educativa –ciertamente una fe secular, pero que sin embargo facilitaría un ardiente compromiso a la vocación del educador” (Durkheim, 1977, p. xx).

Los Jesuitas tenían capital espiritual. Durkheim quiso que los profesores de Francia tuviesen capital moral en un nuevo contexto secular.

^{viii} Quiero indicar que este “recurso sostenible” es para la mayoría de la gente lo que he denominado ‘capital espiritual’. Sin embargo, puede apuntarse que el arzobispo Michael Miller, CSB. lo describe en otros términos: “Creo que hombres y mujeres, precisamente como fieles laicos, tienen su propio carisma de la educación, independiente del carisma de una congregación religiosa determinada” (Miller 2006, p. 6).

^{ix} El Arzobispo Miller toma una cita de la *Exhortación Apostólica Vita Consecrata* del papa Juan Pablo II, (1996, 96). Ver también *Personas consagradas y su misión en las escuelas. Reflexiones y lineamientos* (Sagrada Congregación para la Educación Católica, 2003).

^x Ver Grace (2002, p. 245) para el calendario de entrevistas y las págs. 236-240 para las primeras reflexiones sobre el capital espiritual.

^{xi} En escuelas fundadas por congregaciones religiosas era interesante observar que en los estatutos contemporáneos de la misión se han incorporado referencias a los carismas fundacionales, como por ejemplo: “la Educación jesuítica está inspirada en la visión de san Ignacio de Loyola en la que Dios revela su amor por nosotros en todas las cosas. El fin de la educación jesuítica es la formación de personas competentes, conscientes y compasivas que sean hombres y mujeres para los demás” (Escuela Papa Pablo III, Londres); “En el espíritu de san Juan Bosco hacemos todo lo posible por aquellos que

sufren necesidades especiales debido a la falta de seguridad material o afectiva” (Escuela san Roberto Belarmino, Liverpool). Para otros ejemplos, ver Grace (2002, pp. 129-130).

^{xii} Cf. Grace (2002, p. 135) para éstas y otras afirmaciones.

^{xiii} Esta prueba de investigación también incluye conclusiones a gran escala (y ahora estudio clásico) realizado por Anthony Bryk, Valerie Lee y Peter Holland en *Escuelas católicas y el bien común* (Bryk et al., 1993). Al observar la importancia del capital social en relación con la eficacia de las escuelas, también identificaban otro factor crucial que denominaban ‘ideología inspiracional’. Incluía:

El poder de lo simbólico... aquí la tradición religiosa se manifiesta más directamente... Las palabras y la vida del ‘hombre llamado Cristo’ estimula las reflexiones sobre cómo deberían vivir los alumnos como personas en comunidad. La noción del “Reino de Dios” ofrece una visión hacia la que debería apuntar el esfuerzo humano. Finalmente, la imagen del “destino de la resurrección” alimenta la esperanza... Aquí supone la fuerza para combatir la lucha diaria contra la tiranía, la pobreza y la injusticia. Estas imágenes evocan nuestra humanidad. Dan profundidad al proceso escolar que de otro modo está dominado por la retórica de la calificación de los exámenes, normas de rendimiento y responsabilidad personal. (Bryk et al., 1993, p. 303).

¿Podría llamarse de otra forma este “capital espiritual”?

^{xiv} Wallace (2000, p. 191), examinando el asunto desde la perspectiva de los Estados Unidos expresa la cuestión en drásticos términos: “La escuela católica pasa por una grave crisis de identidad. El espectacular cambio de personal religioso al seglar plantea el interrogante de si algunas escuelas católicas se están convirtiendo en escuelas católicas con memoria religiosa pero presencia secular”.

^{xv} Ya lo he observado en escritos previos:

Está totalmente admitido que los recursos del capital espiritual en la Educación católica se extienden mucho más allá del que posee cada director individualmente. El capital espiritual también se constata en los consejos de administración, en los profesores, en los sacerdotes y capellanes, en los padres y no menos en los propios alumnos. (Grace 2002, p. 238).

Evidentemente, es necesario explorar las diversas fuentes y formas de capital espiritual que existen en la totalidad de la comunidad que constituye la escuela católica.

^{xvi} James Arthur, en su estudio sobre las escuelas secundarias en Inglaterra (Arthur, 1995), predijo tales consecuencias. Sin respaldar toda la sugerencia de Arthur sobre la debilitada cultura del catolicismo en las escuelas, mi propia investigación señalaba problemas en el nivel del liderazgo en las escuelas:

Es evidente que muchos candidatos a directores de Escuelas católicas en Inglaterra pueden hablar ahora con plena confianza sobre los logros en los resultados de exámenes, en la planificación de los negocios y en los presupuestos, en el comercio y relaciones públicas, pero relativamente inarticulados en cuanto al fin espiritual de las escuelas católicas. Es una gran contradicción en un sistema educativo cuya razón de ser es la priorización de formación espiritual (Grace, 1995, p. 237).

^{xvii} Para profundizar en distinciones importantes entre secularización y secularismo, ver Arthur (2009).

Nota sobre el colaborador

Gerald Grace es Director del Centro de Investigación y Desarrollo en la educación católica (en inglés responde a las siglas CRDCE). Universidad de Londres, Instituto de Educación, Reino Unido.

Referencias bibliográficas
19

- Arthur, J. (1995). *The Ebidding Tide: Policy and Principles of Catholic Education*. Leominster: Gracewing Publications.
- Arthur, J. (2009). Secularisation, Secularism and Catholic education. *International Studies in Catholic Education*. Vol. 1 N° 2: 228-239.
- Bourdieu, P. (1986). The Forms of Capital in J. G Richardson (ed), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* New York. Greenwood Press.
- Bourdieu, P. (1991). Genesis and Structure of the Religious Field. *Comparative Social Research*, Vol. 13: 1-44.
- Bryk, A., V. Lee, and P. Holland (1993). *Catholic Schools and the Common Good*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Congregation for Catholic Education (1977). *The Catholic School*. Vatican City, Italy: Libreria Editrice Vaticana.
- Congregation for Catholic Education (1982). *Lay Catholic in Schools: Witnesses to faith*. Vatican City: Italy: Libreria Editrice Vaticana.
- Congregation for Catholic Education (2003). *Consecrated Persons and their Mission in Schools* Vatican City, Italy: Libreria Editrice Vaticana.
- Durkheim, E. (1977). *The Evolution of Educational Thought: Lectures on the Formation and development of secondary education in France*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Earl, P. (2007). Challenges to Faith Formation in Contemporary Catholic Schooling in the USA: Problem and Response. In *International Handbook of Catholic Education*, ed. G. Grace and J. O'Keefe, 37-60. Dordrecht, The Netherlands: Springer.
- Grace, G. (2002a). *Catholic Schools: Mission, Markets and Morality*. London and New York. Routledge Falmer [also in Spanish as: *Misión, Mercados y Moralidad en las Escuelas Católicas*, Buenos Aires, Santillana].
- Grace, G. (2002b). Mission Integrity: Contemporary Challenges for Catholic School Leaders in *Second International Handbook of Educational Leadership and Administration* eds. K. Leithwood and P. Hallinger, 427-449, Dordrecht. Kluwer Academic Press.
- Grace, G. and O'Keefe J., eds. (2007). *International Handbook of Catholic Education* 2 vols: Dordrecht: Springer.
- Groome, T. (2001). Spirituality and the Catholic Educator. Unpublished lecture. Boston College. June 29.
- Koch, C. Calligan, J. and Gros, J., eds. (2004). *John Baptist de la Salle: the spirituality of Christian Education*. New York: Paulist Press.
- Lydon, J. (2009). Transmission of the Charism: a major challenge for Catholic education. *International Studies in Catholic Education* Vol. 1 no.1:42-58.

Miller, M. (2006). *The Holy See's Teaching on Catholic Schools*. Manchester NH. Sophia Institute Press. 20

Pope John Paul II (1996). *Apostolic Exhortation: Vita Consecrata*. Vatican City: Libreria Editrice Vaticana.

Pope Paul VI (1975). *Apostolic Exhortation: Evangelii Nuntiandi*. Vatican City: Libreria Editrice Vaticana.

Swartz, D. (1997). *Culture and Power: The Sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago and London: The University of Chicago Press.

Wallace, T. (2000). We are Called: The Principal as Faith Leader in the Catholic School. In *Catholic school leadership*, ed. T. Hunt, T. Oldenski and T. Wallace, 191-203. London: Falmer Press.

Weeks, N. and Grace G. (2007). *Theological Literacy and Catholic Schools*. London. Institute of Education. CRDCE.